

DOMINGO I DE CUARESMA “C”

La tentación y la victoria de Cristo

Dt 26, 4-10:

Sal 90, 1-15:

Rm 10, 8-13:

Lc 4, 1-13:

Profesión de fe del pueblo escogido

Acompáñame, Señor, en la tribulación

Profesión de fe del que cree en Jesucristo

El Espíritu le iba llevando por el desierto, mientras era tentado

I. LA PALABRA DE DIOS

Al inicio de la Cuaresma, este **evangelio** pone delante de nuestros ojos toda la seriedad de la vida cristiana. «*Nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino... contra los espíritus del mal que están en las alturas*» (Ef 6, 12). Desde el Paraíso, toda la historia humana es una lucha entre el bien y el mal, entre Cristo y Satanás.

Jesucristo —el segundo Adán—, semejante a nosotros en todo menos en el pecado, fue verdaderamente tentado. Sus tentaciones fueron distintas de las nuestras, pues en Cristo —persona divina— no se da nuestra inclinación al mal; pero fueron verdaderas: por ser verdadero hombre, con reflejos, sentimientos e impresiones humanas, pudo darse una brecha entre la misión señalada por el Padre y la experiencia que de la misma tenía Jesús, humanamente hablando. Es la tentación ante el aparente fracaso de su tarea redentora; y sobre ello carga Satanás con astucia.

La tentación más importante es la tercera, en Jerusalén; allí volverán a enfrentarse Jesús y el Tentador «*cuando llegara la hora*», cuando llegue la gran prueba (= tentación) de la Pasión. Jesús fue tentado también en otras ocasiones; los instrumentos de los que se valió el Adversario fueron los fariseos, la muchedumbre, e incluso Pedro.

Cristo ha luchado, para que nosotros luchemos; Cristo ha vencido para que nosotros venzamos. La liturgia de Cuaresma comienza haciéndonos elevar los ojos a Cristo, para seguirle como modelo y para dejarnos influir por el impulso interior de combate victorioso que quiere infundir en nosotros.

También se nos indican las armas para vencer a Satanás. A cada tentación Jesús responde con un texto de la Escritura «*está escrito*», «*está mandado*». En los días cuaresmales se nos invita a alimentarnos con más abundancia de la Palabra de Dios, para que ésta sea como un escudo que nos haga inmunes a las asechanzas del Enemigo. El **salmo** responsorial nos recuerda la confianza que, ante la prueba, Cristo tiene en el Padre y que nosotros necesitamos para no sucumbir a la tentación: «*Me invocará y lo escucharé*».

Necesitamos vivir la fe (**segunda lectura**), una fe hecha plegaria —«*no nos dejes caer en la tentación*»—, que es la que nos libra de la esclavitud del pecado y de Satanás, pues sólo la fe da la victoria: «*Nadie que cree en él quedará defraudado*».

II. LA FE DE LA IGLESIA

Un duro combate
(407 – 415)

No fue Dios quien hizo la muerte ni se recrea en la destrucción de los vivientes, por envidia del diablo entró la muerte en el mundo. **Satanás y los otros demonios**, de los que hablan la Sagrada Escritura y la Tradición de la Iglesia, eran inicialmente ángeles creados buenos por Dios, que se transformaron en malvados porque **rechazaron a Dios y a su Reino**, mediante una **libre e irrevocable elección**, dando así origen al **infierno**. Los demonios **intentan asociar al hombre a su rebelión** contra Dios, pero Dios afirma en Cristo su segura victoria sobre el Maligno.

Constituido por Dios en la justicia, **el hombre, persuadido por el Maligno, abusó de su libertad**, desde el comienzo de la historia, levantándose **contra Dios** e intentando alcanzar su propio fin **al margen de Dios**. Como consecuencia del **pecado original**, la **naturaleza humana**, aun sin estar totalmente corrompida, se halla **herida** en sus propias fuerzas naturales, sometida a la ignorancia, al sufrimiento y al poder de la muerte, e **inclinada al pecado**. Esta inclinación al mal se llama **concupiscencia**.

La doctrina sobre el pecado original —vinculada a la de la Redención de Cristo— proporciona **una mirada de discernimiento lúcido sobre la situación del hombre y de su obrar en el mundo**. Por el pecado de los primeros padres, **el diablo adquirió un cierto dominio sobre el hombre**, aunque éste permanezca libre. El pecado original entraña la **servidumbre** bajo el poder del que poseía el imperio de la muerte, es decir, del diablo. **Ignorar que el hombre posee una naturaleza herida, inclinada al mal, da lugar a graves errores** en el dominio de la educación, de la política, de la acción social y de las costumbres.

Las **consecuencias** del pecado original y de todos los pecados personales de los hombres confieren al mundo en su conjunto una condición pecadora, que puede ser designada con la expresión de S. Juan: «*el pecado del mundo*» (Jn 1,29). Mediante esta expresión se significa también la influencia negativa que ejercen sobre las personas las situaciones comunitarias y las estructuras sociales que son fruto de los pecados de los hombres.

Esta situación dramática del mundo que «*todo entero yace en poder del maligno*», hace de la vida del hombre un **combate**: A través de toda la historia del hombre se extiende una dura batalla **contra los poderes de las tinieblas** que, iniciada ya desde el origen del mundo, durará **hasta el último día** según dice el Señor. Inserto en esta lucha, el hombre debe combatir

continuamente para adherirse al bien, y no sin grandes trabajos, **con la ayuda de la gracia** de Dios, es capaz de lograr la unidad en sí mismo.

Pero, **¿por qué Dios no impidió que el primer hombre pecara?** S. León Magno responde: *“La gracia inefable de Cristo nos ha dado **bienes mejores** que los que nos quitó la envidia del demonio”*. Y santo Tomás de Aquino: *“Nada se opone a que la naturaleza humana haya sido destinada a **un fin más alto** después de el pecado. Dios, en efecto, permite que los males se hagan para sacar de ellos un mayor bien. De ahí las palabras de S. Pablo: «Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Rm 5,20). Y el canto del Exultet (Pregón de la Vigilia pascual): ¡**Oh feliz culpa** que mereció tal y tan grande Redentor!”*.

Cristo venció al Tentador a favor nuestro (538 - 540)

La Iglesia se une todos los años, durante los cuarenta días de **Cuaresma**, al **Misterio de Jesús en el desierto**. Los evangelistas indican el **sentido salvífico** de este acontecimiento misterioso: Jesús es el **nuevo Adán** que permaneció fiel allí donde el primero sucumbió a la tentación. Jesús es **vencedor del diablo**; Él ha *«atado al hombre fuerte»* para despojarle de lo que se había apropiado (Mc 3, 27). La victoria de Jesús en el desierto sobre el Tentador es un **anticipo de la victoria de la Pasión**, suprema obediencia de su amor filial al Padre.

«No nos dejes caer en la tentación» (2846-2849)

Nuestros pecados son los frutos del **consentimiento** a la tentación. Pedimos a nuestro Padre que no nos *“deje caer”* en ella. Traducir en una sola palabra el texto griego es difícil: significa *“no permitas entrar en”, “no nos dejes sucumbir a la tentación”*. Le pedimos **que no nos deje tomar el camino que conduce al pecado**.

El Espíritu Santo nos hace discernir entre la **prueba**, necesaria para el crecimiento del hombre interior en orden a una *«virtud probada»* (Rm 5, 3-5), y la **tentación** que conduce al pecado y a la muerte. También debemos **distinguir entre “ser tentado” y “consentir”** en la tentación. Por último, el discernimiento desenmascara **la mentira de la tentación**: aparentemente su objeto es *«bueno, seductor a la vista, deseable»* (Gn 3, 6), mientras que, en realidad, **su fruto es la muerte**.

“No entrar en la tentación” implica una **decisión** del corazón. **El Padre nos da la fuerza**: *«no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas. Antes bien, con la tentación os dará modo de poderla resistir con éxito»* (1 Co 10, 13).

«Y líbranos del mal» [«del Malo»] (2850-2854)

En esta petición, el mal no es una abstracción, sino que **designa una persona**, Satanás, el Maligno, el ángel que se opone a Dios. El **“diablo”** [“*dia-bolos*”] es **aquél que “se atraviesa”** en el designio de Dios y su obra de salvación cumplida en Cristo.

«Homicida desde el principio, mentiroso y padre de la mentira», Satanás, el **seductor del mundo entero**, es aquél por medio del cual el pecado y la muerte entraron en el mundo y, por cuya **definitiva derrota**, toda la creación entera será liberada del pecado y de la muerte.

La victoria sobre el **«príncipe de este mundo»** (Jn 14, 30) se adquirió de una vez por todas en la Hora en que Jesús se entregó libremente a la muerte para darnos su Vida. Es el juicio de este mundo, y el príncipe de este mundo **está echado abajo**. *«El se lanza en persecución de la Mujer»* (cf Ap 12, 13-16), pero no consigue alcanzarla: la nueva Eva, *«llena de gracia»* del Espíritu Santo es preservada del pecado y de la corrupción de la muerte (Concepción inmaculada y Asunción de la santísima Madre de Dios, María, siempre virgen). *«Entonces despechado contra la Mujer, se fue a hacer la guerra al resto de sus hijos»* (Ap 12, 17). Por eso, el Espíritu y la Iglesia oran: **«Ven, Señor Jesús»** ya que su Venida nos librerá del Maligno.

Al pedir ser liberados del Maligno, oramos igualmente para ser liberados de **todos los males**, presentes, pasados y futuros de los que él es **autor o instigador**. En esta última petición, la Iglesia presenta al Padre **todas las desdichas** del mundo. Con la liberación de todos los males que abruma a la humanidad, implora el don precioso de **la paz y la gracia de la espera perseverante** en el retorno de Cristo. Orando así, **anticipa en la humildad de la fe la recapitulación** de todos y de todo en Aquél que *«tiene las llaves de la Muerte y del Hades»* (Ap 1,18), *«el Dueño de todo, Aquél que es, que era y que ha de venir»*, Jesucristo.

III. EL TESTIMONIO CRISTIANO

“Dios no quiere imponer el bien, quiere seres libres. En algo la tentación es buena. Todos, menos Dios, ignoran lo que nuestra alma ha recibido de Dios, incluso nosotros. Pero la tentación lo manifiesta para enseñarnos a conocernos, y así, descubrirnos nuestra miseria, y obligarnos a dar gracias por los bienes que la tentación nos ha manifestado” (Orígenes).

“El Señor, que ha borrado vuestro pecado y perdonado vuestras faltas, también os protege y os guarda contra las astucias del Diablo, que os combate, para que el enemigo –que tiene la costumbre de engendrar la falta– no os sorprenda. Quien confía en Dios, no tema al Demonio. «Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?»” (S. Ambrosio).

IV. LA ORACIÓN CRISTIANA

**Líbranos de todos los males, Señor,
y concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
vivamos siempre libres de pecado
y protegidos de toda perturbación,
mientras esperamos
la gloriosa venida
de nuestro Salvador
Jesucristo.**

Amén.